

ocupación que las palabras de Benvenuto Cellini produjeron en el ánimo de Francisco I, para ver si lograba recobrar el lirio que el rey tenía en su poder aún; pero Benvenuto, sin afectación, pasó á colocarse entre ella y el rey.

—¿Cuál? ¡Oh!—dijo sonriendo—. Lo confieso, es una idea tan infame, que no sé si debo considerarme suficientemente castigado con la vergüenza de que se me haya ocurrido, y si no será agravar mi crimen, tener el impudor de confesarla. Necesito una orden expresa de V. M. para atreverme...

—Atrevedos, Cellini, yo os lo mando—dijo el rey.

—Pues bien; confieso desde luego, con mi ingenuo orgullo de artista, que me sorprendió ver encargarse á la duquesa de Etampes al aprendiz un trabajo que el maestro hubiérase considerado dichoso si se le confiara su ejecución. ¿Recordáis vos á mi aprendiz Ascanio, señor? Es un caballero encantador que pudiera servir de modelo para un Endimión; ¡os lo juro!

—Bien, ¿y qué?—replicó el rey, cuyo ceño se contrajo ante la sospecha que súbitamente llegó á morderle el corazón.

Por esta vez, era evidente que, á pesar de todo su dominio sobre sí misma, la duquesa de Etampes estaba en un peñor. De repente, leyó en los ojos de Diana de Poitiers una pérdida de curiosidad, pues ella no ignoraba que si Francisco I pudiera perdonar la traición hecha al rey, jamás perdonaría una infidelidad al amante. Entretanto, como si no advirtiese su angustia, Benvenuto prosiguió:

—Yo pensé, pues, en la belleza de mi Ascanio, y soñé—perdón, señoras, por lo que mi pensamiento pueda tener de impertinente para las francesas, pero yo estoy acostumbrado á las acciones de nuestras princesas italianas, que, en amor, necesario es decirlo, son criaturas harto débiles—. Yo pensé, pues, que un sentimiento al cual el arte era extraño...

—Maestro—dijo Francisco I frunciendo el ceño.—¿Sabéis lo que vais á decir?

—Porque lo sé he perdido antes que me dispensárais, y aún mejor que me permitiérais guardar silencio.

—Yo soy testigo—dijo Diana de que vos fuisteis, señor, quien le mandó hablar; y ya que ha comenzado...

—Siempre es tiempo de callar—dijo la duquesa de Etampes—, cuando se sabe que lo que se va á decir es una fábula.

—Me callaré si vos lo queréis, señora—replicó Benvenuto—. Bien sabéis que una palabra sola os basta para eso.

—Sí, pero yo quiero que continúe. Tenéis razón, Diana, hay cosas que requieren ser conocidas á fondo. Hablad, caballero, hablad—repuso el rey envolviendo en una misma mirada al escultor y á la duquesa.

—Mis conjeturas se hacían camino cuando un sorprendente descubrimiento vino á ofrecerlas nuevo campo de acción.

—¿Cuál?—preguntaron á la vez el rey y Diana de Poitiers.

—¿Me callo?—murmuró Cellini dirigiéndose á la duquesa.

—Señor—replicó la duquesa—, no tenéis necesidad de llevar en la mano esa flor de lis para oír toda esa larga historia. V. M. está tan acostumbrado á llevar un cetro y llevarle con mano firme, que tengo miedo de que esa frágil florecilla se rompa entre vuestros dedos.

Y al mismo tiempo, la duquesa de Etampes, con una de aquellas sonrisas sólo en ellas habituales, alargó el brazo para recuperar la alhaja.

—Perdonad, señora duquesa—dijo Cellini—, pero como el lirio juega un papel importante en esta historia, permitid que para agregar al relato la demostración...

—¿El lirio juega un papel importante en la historia que vais á referir, maestro?—exclamó Diana de Poitiers, arrancando con un movimiento rápido como el pensamiento la flor de manos del rey—. Entonces la duquesa de Etampes tiene razón, porque á poco que la historia sea como yo supongo, más valdrá que ese lirio esté entre mis manos, que en las vuestras; porque con ó sin intención, puede ocurrir que con un movimiento involuntario le rompa V. M.

La duquesa de Etampes se puso densamente pálida, porque se creyó perdida; sujetó vivamente la mano de Benvenuto, sus labios se abrieron para hablar, pero volviendo sin duda de su acuerdo, su mano soltó al instante la del artista y sus labios permanecieron mudos.

—Decid lo que queráis—dijo ella entre dientes—. Decid...

Después añadió en voz tan baja que solo Benvenuto pudiera oírlo:

—Si os atrevéis.

—Sí, decid y medita vuestras palabras, maestro mío—dijo el rey.

—Y vos, señora, medid vuestro silencio—dijo Benvenuto—. Pues bien; figuraos, señor, imaginaos, señora, que Ascanio y la señora duquesa de Etampes se escribían.

La duquesa buscó en sus ropas primero, y luego á su alrededor, algún arma con la que pudiera apuñalar al orfebre.

—¿Se escribían?—replicó el rey.

—Sí, se escribían; y lo más maravilloso de esta correspondencia entre la señora duquesa de Etampes y el pobre aprendiz de cincelador, es que toda ella era de amor.

—¿Las pruebas, maestro! ¡Espero que tendréis pruebas!—exclamó furioso el rey.

—¡Oh, Dios mío! Sí, señor, las tengo—respondió Benvenuto—. V. M. comprenderá que yo no hubiera dejado entrever tales sospechas si careciese de pruebas.

—Pues si las tenéis, presentadlas inmediatamente—dijo el rey.

—Cuando digo que las tengo, me equivoco; es V. M. quien las ha poseído hace un momento.

—¡Yo!—exclamó el rey.

—Y es madama de Poitiers quien las tiene ahora.

—¡Yo!—exclamó Diana.

—Sí—replicó Benvenuto, que, ante la cólera del rey y los odios y terrores de las dos grandes damas, conservaba toda su sangre fría y toda su tranquilidad—, sí, porque las pruebas están en ese lirio.

—¿En este lirio?—repuso el rey recogiendo la flor de manos de Diana de Poitiers y observando la alhaja con una atención en la cual, esta vez, el amor al arte no entraba para nada.—¿En este lirio?...

—Sí, señor, en ese lirio—insistió Benvenuto—. Vos sabéis que están ahí, señora—continuó en un tono significativo, volviéndose hacia la duquesa, que estaba jadeante.

—Transijamos—dijo la duquesa—, Colomba no se casará con Orbec.

—Eso no basta—murmuró Cellini—. Es preciso que Ascanio se case con Colomba.

—¡Jamás!—dijo la duquesa.

Entretanto el rey volvía y revolvió entre sus dedos el lirio fatal con una ansiedad y una cólera tanto más dolorosas cuanto que no se atrevía á expresarlas abiertamente.

—¿Las pruebas están en este lirio? ¡En este lirio!—repetía—. Pues yo no veo nada en él.

—Es que V. M. no conoce el secreto, merced al cual se abre.

—¡Ah! ¿hay un secreto? ¡Reveládmelo, señor mío! ¡Reveládmelo al instante, sin pérdida de tiempo!...

Francisco I hizo un movimiento para romper la flor; las dos mujeres lanzaron un grito. Francisco I se contuvo.

—¡Oh, señor! ¡Sería una lástima!—exclamó Diana—. ¡Una alhaja tan hermosa! Dádmela, señor, y yo os respondo de que si existe algún secreto, yo lo descubriré.

Y sus dedos finos y ágiles, dedos de mujer, que el odio hacía más sutiles, recorrieron todas las asperezas de la joya, registraron todos los huecos, mientras la duquesa de Etampes, próxima á desfallecer, seguía con mirada casi feroz todas sus infructuosas tentativas. Al fin, fuera casualidad, fuera adivinación de rival, Diana tocó el punto preciso del tallo.

La flor se abrió.

Las dos mujeres gritaron entonces á la vez: una de alegría, la otra de terror. La duquesa se precipitó para arrancar la flor de entre los dedos de Diana; pero Benvenuto la detuvo con una mano, mientras con la otra le enseñaba la carta que él había sacado de su escondrijo. En efecto, una rápida ojeada dirigida al cáliz de la flor, demostró á la duquesa que estaba vacía.

—Consiento en todo—dijo abrumada y sin fuerzas para sostener semejante lucha.

—¿Por el Evangelio?—preguntó Benvenuto.

—Por el Evangelio.

—Y qué, maestro—dijo el rey impaciente—. ¿Dónde están esas pruebas? Yo no veo en la flor más que un hueco adornado con muchos dibujos, pero no hay nada dentro de ese hueco.

—No, señor, no hay nada—respondió Benvenuto.

—Sí, pero ha debido haber algo—dijo Diana.

—Maestro—exclamó el rey entre dientes—. Sabed que pudiera ser peligroso continuar por más tiempo esta chanza, y que otros más fuertes que vos están arrepentidos de haber jugado con mi cólera.

—Por eso me desesperaría incórrir en ella, señor—replicó Cellini sin desconcertarse—. Pero nada he hecho para merecerlo, y V. M. así lo creo, no habrá tomado en serio mis palabras. ¿Hubiera osado yo presentar tan ligeramente una acusación tan grave? La duquesa de Etampes puede enseñaros las cartas que contenía ese lirio, si sentís curiosidad por verlas. Ellas hablan realmente de amor, pero del amor de mi pobre Ascanio por una noble señorita, amor que, á primera vista, parece sin duda loco é imposible; pero mi Ascanio, imaginándose, como verdadero artista que es, que una hermosa alhaja bien puede valer lo que una linda joven, se ha dirigido á la duquesa de Etampes como á una Providencia, y ha hecho de esa flor su mensajero. Vos sabéis, señor, que la Providencia lo puede todo, y yo imagino que no estaréis celoso de ella, pues haciendo el bien os asocia á sus méritos. Ved aquí la clave del enigma, señor, y si estas bromas, con las cuales me entretuve han ofendido á V. M., perdonadme, recordando la preciosa y noble familiaridad con que tuvisteis á bien honrarme hasta ahora.

Este discurso, casi académico, cambió la faz de la escena. A medida que hablaba Benvenuto, la frente de Diana se ensombrecía, la de la duquesa de Etampes se desarrugaba, y el rey recuperaba su sonrisa y su buen humor.

Después, cuando Benvenuto acabó, dijo Francisco I:

—Perdón, mi bella duquesa, cien veces perdón por haber sospechado un instante de vos. ¿Qué puedo hacer, decidme, para reparar mi falta y merecer mi perdón?

—Otorgar á la señora duquesa de Etampes lo que va á pedirnos, como V. M. me ha otorgado ya lo que yo solicité.

—Hablad por mí, maestro Cellini, pues vos sabéis lo que yo deseo—dijo la duquesa, portándose mejor de lo que Benvenuto hubiera creído.

—Pues bien, señor; ya que la señora duquesa me encarga de ser su intérprete, sabed que su deseo es que intervenga vuestra todopoderosa autoridad en los amores del pobre Ascanio.

—Otorgo—dijo el rey riendo—. Consiento de todo corazón en hacer la felicidad del amable aprendiz. ¿El nombre de la enamorada?

—Colomba d'Estourville, señor.

—¡Colomba d'Estourville!—exclamó Francisco I.

—Señor, recuerde V. M. que ha sido la señora duquesa de Etampes quien os ha pedido esta gracia.

—Veamos, señora, ayudádmelo—añadió Benvenuto, haciendo otra vez salir de su bolsillo una punta de la carta—, porque si calláis más tiem-

po, S. M. creará que habéis pedido semejante cosa por mera complacencia para conmigo.

—¿Es cierto que deseáis este matrimonio, señora?—interrogó Francisco I.

—Sí, señor—murmuró madama de Etampes—; yo lo deseo... vivamente.

El adverbio fué inspirado por una nueva exhibición de la carta.

—Pero yo no sé—repuso Francisco I—si el preboste aceptará para yerno un hombre sin nombre y sin fortuna.

—Desde luego, señor—respondió Benvenuto—. El preboste, modelo de lealtad, no tendrá, estad seguro, más voluntad que la de su rey. Además, Ascanio no carece de nombre. Se llama Gaddo Gaddi, y uno de sus abuelos fué podestá de Florencia. Es orfebre, verdad, pero en Italia no degra practicar el arte. Por otra parte, si no es noble de rancio abolengo, como yo me he permitido inscribir su nombre en las cartas-patentes que su majestad me remitió, será noble de nuevo cuño. ¡Ah! No creáis que esta abdicación sea para mí un sacrificio. Recompensar á mi Ascanio es recompensarme á mí dos veces. Quiero decir que si le hacéis señor de Nesle, yo cuidaré de que no le falte dinero; él podrá, si quiere, dejar la orfebrería y comprar una compañía de lanzas ó un cargo en la corte; yo le proveeré de caudales.

—Y nosotros cuidaremos de él—dijo el rey—, bien entendido que vuestra generosidad no perjudique demasiado á vuestra bolsa.

—Así, pues, señor...—replicó Benvenuto.

—¡Vaya por Ascanio Gaddo Gaddi, señor de Nesle!—exclamó el rey riendo á carcajada tendida; de tan buen humor le había puesto la certidumbre de que la duquesa de Etampes le era fiel.

—Señora—dijo Cellini á media voz—, no podéis, en conciencia, dejar en el Châtelet al señor de Nesle; eso era bueno para Ascanio.

La duquesa llamó á un oficial de guardias y le dijo algunas palabras en voz baja, que terminaron de este modo:

—¡En nombre del rey!

—¿Qué hacéis, señora?—preguntó Francisco I.

—Nada, señor—respondió Cellini—. La señora duquesa de Etampes envía á buscar al futuro.

—¿Dónde está?

—Donde madama de Etampes, que conoce la bondad del rey, le ha rogado que espere el beneplácito de S. M.

Un cuarto de hora después se abrió la puerta de la cámara donde esperaban Colomba, el preboste, el conde de Orbec, el embajador de España, y poco más tarde todos los señores de la corte, excepto Marmagne, todavía en cama. Un ujier exclamó:

—¡El rey!

Francisco I entró dando la mano á Diana de Poitiers, y seguido por Benvenuto, que llevaba de un brazo á la duquesa de Etampes y del otro á Ascanio, ambos á cuál más pálidos.

Al anuncio del ujier, todos los cortesanos se revolvieron y detuvieron un instante, estupefac-

tos al ver aquel grupo singular. Colomba creyó que se desmayaba.

Esta admiración redoblóse cuando Francisco I, haciendo pasar delante de él al escultor, dijo en alta voz:

—Maestro Benvenuto, tomad un instante nuestro puesto y nuestra autoridad; hablad como si fuérais el rey, y que se os obedezca como al rey.

—Reparad, señor—respondió el orfebre—, que para representar bien vuestro papel voy á ser magnífico.

—Andad, Benvenuto—dijo riendo Francisco I—. Cada rasgo de magnificencia será una lisonja para mí.

—Enhorabuena, señor; heme aquí puesto en mi silla, ocupando vuestro lugar hasta que lo permitáis. En vista de lo cual—continuó—no olvidéis vosotros, los que me escucháis, que es el rey quien habla por mi boca. Señores notarios, ¿habéis preparado el contrato que debe firmar su majestad? Escribid los nombres de los esposos.

Los dos notarios cogieron la pluma y se apresuraron á escribir en los dos contratos, uno de los cuales debía quedar en los archivos del reino y el otro en su despacho.

—De una parte—continuó Benvenuto—, de una parte la noble y poderosa señorita Colomba d'Estourville.

—Colomba d'Estourville—repitieron maquinalmente los notarios, mientras el auditorio escuchaba en el colmo de la admiración.

—De la otra—continuó Cellini—el muy noble y muy poderoso Ascanio Gaddi, señor de Nesle.

—¡Ascanio Gaddi!—exclamaron al mismo tiempo el preboste y Orbec.

—¡Un obrero!—exclamó dolorosamente el preboste, volviéndose hacia el rey.

—Ascanio Gaddi, señor de Nesle—replicó Benvenuto sin conmoverse—, á quien S. M. otorga carta de naturalización y el empleo de intendente de los castillos reales.

—Si S. M. lo ordena así, yo obedeceré—dijo el preboste—. Sin embargo...

—Ascanio Gaddi—continuó Benvenuto—, en homenaje al cual S. M. otorga al señor Roberto de Estourville, preboste de París, el título de chambelán.

—Señor, estoy pronto á firmar—dijo Estourville, convencido al cabo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró Colomba, revolviéndose en su silla—. ¿No es un sueño todo esto?

—¿Y yo?—exclamó Orbec—. ¿Y yo?

—En cuanto á vos—replicó Cellini, continuando sus funciones reales—, en cuanto á vos, conde d'Orbec, os hago gracia de la investigación que yo tuviera derecho á ordenar sobre vuestra conducta. La clemencia es virtud regia, lo mismo que la generosidad. ¿No es cierto, señor? Pero ya están los contratos preparados; firmemos, señores, firmemos.

—Hace de rey de un modo maravilloso—excla-

mó Francisco I, alegre como un rey en vacaciones.

Luego entregó la pluma á Ascanio, que firmó con letra temblorosa, y que después de haber firmado, pasó él mismo la pluma á Colomba, á quien Diana, llena de bondad, había ido á buscar y sostenía. Las manos de los dos amantes se tocaron, y ellos estuvieron á punto de desmayarse.

Después Diana presentó la pluma á la duquesa de Etampes, la cual se la dió al preboste, el preboste á Orbec, y Orbec al embajador de España.

A continuación de aquellos nombres ilustres, Cellini escribió clara y firmemente el suyo. No parecía que hiciera el menor sacrificio.

Después de haber firmado, el embajador de España se acercó á la duquesa.

—¿Continúan en pie nuestros planes, señora?—dijo.

—¡Dios mío!—respondió la duquesa—. Haced lo que queráis. ¿Qué me importa ya Francia? ¿Qué me importa el mundo?

El duque se inclinó.

—Siendo así—dijo al embajador en el momento en que volvía á ocupar su puesto su sobrino, joven diplomático aún inexperto—, siendo así, y según las intenciones del emperador, no recaerá en el rey Francisco I, pero sí en su hijo, el ducado de Milán.

—Ni en el uno ni en el otro—respondió el embajador.

Durante ese tiempo, los otros firmantes habían terminado su tarea.

Después, cuando cada uno había suscrito la felicidad de Ascanio y de Colomba, Benvenuto se aproximó á Francisco I, y poniendo una rodilla en tierra ante él, le dijo:

—Señor: después de haber ordenado como rey, vengo á rogar á V. M. como humilde y reconocido servidor. ¿Quiere V. M. concederme una última gracia?

—Di, Benvenuto, di—respondió Francisco I, que estaba en vena de conceder, y que advertía que aquel era, bien pensado, el acto de la realeza, en el que un rey encuentra la mayor felicidad—. Di, veamos; ¿qué deseas tú?

—Volver á Italia—dijo Benvenuto.

—¿Qué significa eso?—exclamó el rey—. ¿Quieres dejarme cuando te queda por hacer tanta obra maestra? No lo consiento.

—Señor—respondió Benvenuto—; volveré, os lo juro. Pero dejadme partir, dejadme volver á mi país, tengo necesidad de ausentarme por el momento. No he de decir cuánto padezco—continuó bajando la voz y sacudiendo tristemente la cabeza—. Pero padezco muchos dolores que no sabré expresar, y sólo el aire de la patria puede cicatrizar mi corazón herido. Vos sois un gran

rey, un rey generoso á quien amo. Volveré, señor, pero permitidme ante todo que vaya á curarme bajo el sol de mi Italia. Os dejo á Ascanio, mi cerebro, y á Pagolo, mi mano; ellos bastan para realizar vuestros sueños de artista hasta mi retorno, y cuando yo haya recibido el beso de las brisas de Florencia, mi madre, volveré á vuestro lado, mi rey, y la muerte sólo podrá separarnos.

—¡Id, pues—dijo tristemente Francisco I—. Ya se sabe que el arte es libre como las golondrinas; id.

Después el rey tendió la mano á Benvenuto, quien se la besó con todo el ardor del agradecimiento.

Al retirarse Benvenuto se encontró cerca de la duquesa.

—¿Me guardáis rencor, señora?—la dijo, deslizando en sus manos la carta fatal que, semejante á un mágico talismán, acababa de hacer cosas imposibles.

—No—dijo la duquesa, muy alegre por tener al fin la carta en su poder—, no, y aunque me habéis combatido con medios...

—¡Vamos, pues!—dijo Benvenuto—. Yo os he amenazado, ¿pero creéis que hubiera cumplido la amenaza?...

—¡Dios del cielo!—exclamó la duquesa, iluminada por un rayo de luz—. ¡Y yo que os había creído semejante á mí!

Al día siguiente Ascanio y Colomba se casaron en la capilla del Louvre, y á pesar de las reglas de la etiqueta, los dos jóvenes lograron que Santiago Aubry y su mujer asistieran á la ceremonia.

Aquel era un gran favor, pero habrá que venir en que el pobre muchacho lo había merecido.

## XLII

## MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

Ocho días después, Hermann se desposó solemnemente con la señora Perrine, que le aportó en dote veinte mil libras tomesas, y la certidumbre de que sería padre.

Apresurémonos á decir que fué esa certidumbre la que determinó al valiente alemán, aún más que las veinte mil libras tomesas.

La misma noche de la boda de Ascanio y Colomba, á pesar de las instancias que le hicieron ambos jóvenes, Benvenuto salió para Florencia.

Durante aquel viaje fundió su estatua de Perseo, que constituye aún hoy uno de los mejores adornos de la plaza del Palacio Viejo, y que quizás sea su obra más bella, por haberla concebido en los días de su más intenso dolor.

# NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

PUN

Onésimo y Elíseo RECLUS

Traducción y prólogo de VICENTE BLASCO IBÁNEZ

Seis volúmenes en 4.º de compacta lectura, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault, Vierge, etcétera. Numerosos mapas en colores.

Hace tiempo que se notaba, tanto en España como en las repúblicas de América, la falta de una buena *Geografía Universal*, escrita en castellano y publicada en condiciones de baratura que permitiesen su adquisición á todas las clases sociales.

Conocer la tierra que habitamos es uno de los deseos más legítimos y naturales del hombre.

La *Novísima Geografía Universal* de los ilustres hermanos Reclus, es inédita en muchas de sus partes y distinta del original francés, pues sus autores han hecho numerosas modificaciones exigidas por los progresos de la geografía. En ella se dedica una extensión especial á España y á las naciones latinas de América, pueblos para los que se ha escrito la obra. No existe ninguna *Geografía*, ni aun las que anteriormente escribieron en francés los hermanos Reclus, que trate del país ibérico y de los pueblos latinos de América con la extensión que esta *Novísima Geografía Universal*. Además, es la obra geográfica más moderna, completa y *al día* que existe en el mundo. Las modificaciones modernas de América tras la guerra hispano-americana, las de Africa con la caída del Transvaal y Orange; las de Asia con la reciente guerra ruso-japonesa, y otras muchas de menos importancia, están consignadas en la *Novísima Geografía Universal*, última palabra del estudio de la Tierra. Toda la obra está escrita con gran amenidad. No es sólo un libro de consulta, sino un relato vivo y pintoresco, propio de la pluma de los Reclus, tan artistas como sabios.

La *Novísima Geografía Universal* se compone de seis hermosos volúmenes en 4.º de más de 500 páginas, en papel satinado, con unos MIL grabados de artistas franceses tan célebres como Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc., y numerosos mapas en colores.

El orden de los volúmenes es el siguiente: 1.º Europa.—2.º Asia.—3.º Africa.—4.º América del Norte.—5.º América del Centro y del Sur.—6.º América del Sur y Oceanía.

La *Novísima Geografía Universal*, á pesar del gran número de páginas de sus volúmenes, hermosa ilustración, etc., se vende al precio de

**CUATRO PESETAS EL TOMO**

Siendo seis los tomos, resulta que el público podrá obtener por veinticuatro pesetas toda la

**NOVISIMA GEOGRAFIA UNIVERSAL**

Bien puede llamarse esta obra la *Geografía más barata del mundo*. Jamás se ha visto publicación de esta importancia con tan extraordinarias condiciones de economía. Los volúmenes pueden adquirirse, encuadernados lujosamente, con sólo añadir una peseta, ó sea al precio de CINCO pesetas tomo.

Colección de Novelas

de La Editorial Española-Americana

Una peseta el volumen encuadernado en pasta.

**Adolfo Belot**

El Crimen de la calle de la Paz.

**Alejandro Dumas**

La Reina Topacio.

**Alfonso Daudet**

Los reyes en el destierro.

**Antonio Hope**

El rey sustituto.

**Antonio Santero**

Don Juan de Austria.

**A. Conan-Doyle**

Un crimen extraño.  
La marca de los cuatro.  
El perro de Baskeville.  
Policia fina.  
Triunfos de Sherlock Holmes.  
El problema final.  
Nuevos triunfos de Holmes.  
El Campamento de Napoleón.  
La guardia blanca.  
El Capitán de La Estrella Polar.

**E. Bellamy**

El año 2000.

**E. Consoleone**

Los mártires del honor.

**Enrique Mürger**

El barrio latino.

**E. Chatrian**

El amigo Fritz.

**Eugenio Sué**

Venganza africana.

**G. Guitton**

La conspiración de los millonarios.  
A fuerza de millones.

El Regimiento de los hipnotizadores.

**Hugo Conway**

Confusión.

**J. Ortega Munilla**

La Cigarra.—Sor Lucila.

**Jorge Sand**

La esfinge de oro.

**Luis Reybaud**

Jeronimo Paturot.

**M. W. Thackeray**

La feria de las vanidades.

**M. Fernández y González**

Historia de un hombre, contada por su esqueleto.

**Max Nordau**

La batalla de los sárganos.

**Miss Braddon**

La mujer de los dos maridos.  
La Baronesa.

**Mateo Arnault**

El secreto de la sortija.

**Octavio Feuillet**

El Conde de Camora.

**R. Stevenson**

El tesoro del pirata.

**V. Blasco Ibáñez**

Flor de Mayo.  
Sónnica la Cortesana.  
Arros y tartana.

**Wilkie Collins**

La muerte viva.





